PIPO EN NOCHEBUENA

~CUENTO DE NAVIDAD~

POR EMILIO MARTINEZ

SOCIEDAD DE PUBLICACIONES
RELIGIOSAS
FLOR ALTA, 2 Y 4 – MADRID

2'50

PIPO EN NOCHEBUENA

CUENTO DE NAVIDAD

POR

EMILIO MARTÍNEZ

SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS
FLOR ALTA, 2 Y 4
MADRID
1930

Pepita Lopez Berros

Pepita Lopez Berros

Pipo en Nochebuena

CUENTO DE NAVIDAD

23 DE DICIEMBRE DE 188...

I

POR LA MAÑANA

¡Vedle bajar, ligero como un corzo, por la calle del Conde-Duque!

No hay pena que le aflija

Es verdad que su traje no puede ser más opuesto a la estación en que vive.

Desconocemos las prendas interiores que viste nuestro protagonista; pero respecto de las exteriores, diremos que consisten en una sucia gorra de cuartel, mal puesta en la cabeza; en el cuerpo una vieja blusa de color indefinible, por entre cuyos jirones se entrevé algo blancuzco, que debe ser la camisa; y cuelgan de su cintura las anchurosas perneras de un pantalón que, en mejores días, debió ser de color encarnado.

Tal es el traje que ostenta Pipo, muchacho como de catorce años de edad, el cual tengo el honor de presentaros, queridos lectores.

Olvidaba decir que Pipo calzaba, o mejor dicho, zambullía sus pies, en unos holgados borceguíes todo destrozados.

Como he dicho, Pipo frisa en los catorce años, y entona a grito pelado, mientras corre, la siguiente copla:

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad;
dame la bota, María,
que me quiero emborrachar...

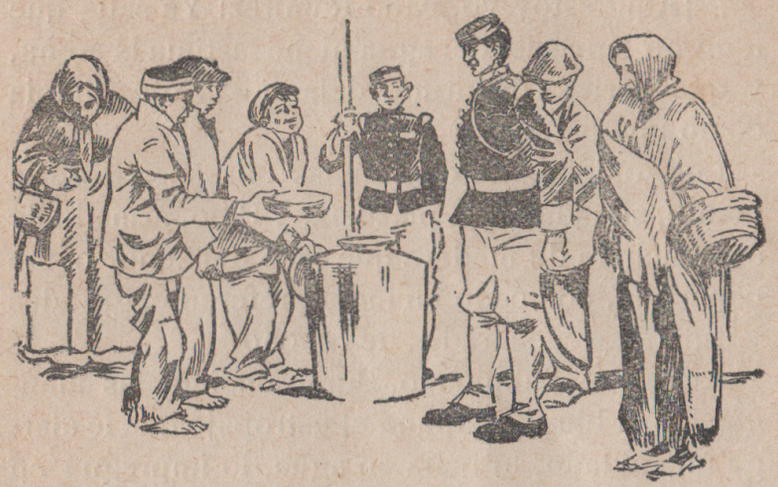
Desemboca en la plazuela de las Capuchinas, tuerce a la derecha, por la calle de los Reyes, y continúa su carrera hasta llegar a la Plaza de San Marcial, donde, moderando el paso, se acerca cantando a la garita del centinela, situada a la puerta del cuartel de Artillería:

Y dijo Melchor:
Tañ borracho eres tú como yo,
y yo como tú,
y tú como yo...

Las agudas notas de un clarín resonaron en el interior del cuartel.

—¡Bueno va!—exclamó Pipo.—Ya tocan a rancho; llegué a tiempo.

Pipo dirige su mirada en varias direcciones, y se acerca a un grupo de personas de su pelaje, con las cuales traba conversación, mientras aguardan todos las sobras del rancho.



Aprovecharé este paréntesis para decir lo que sé acerca de Pipo.

Ya he declarado la edad de Pipo, ya he descrito a la ligera su ligero traje; réstame añadir que en la cara del muchacho, aunque expresiva, se retrata la picardía más refinada. Es inquieto como una ardilla, y su boca no cesa de proferir palabras y agudezas, en su mayoría soeces.

La cabellera, rubia y enmarañada, la tiene sucia de tierra. El cutis curtido por el aire y el sol, y las manos amoratadas por causa del frío. Pero todo esto parece importarle poco.

Una hilera de soldados sale del cuartel, llevando suspendidas en palos grandes calderas de hierro, y a ellos se dirige la turbamulta, entre la cual forma Pipo, quien se acerca en ademán de confianza a un cabo, gritando:

—¡Aquí estoy yo, cabo Ramírez! Ya sabe que a mí no me asusta el agua ni me lastima la arena, y que aprieto de firme, dejando la olla limpia como una patena.

Los soldados descansan las ollas cerca de la fuente, situada en la plazuela, y Pipo, armado de una cuchara de madera que sacó del seno, come con ansia, colocado en lugar preferente, grandes y repetidas cucharadas de rancho.

Acabado el almuerzo, Pipo remanga las mangas de su blusa, empuña el estropajo que le alarga un soldado, lo baña en agua, lo impregna en arena, y se da a frotar con todas sus fuerzas la inmensa olla.

Ya las ollas están bien limpias y aclaradas; y mientras los soldados se vuelven con ellas al cuartel, Pipo se dirige hacia la calle de Bailén.

A la entrada de dicha calle se detiene, y con aire pensativo murmura:

—¿Qué haré? ¿Me iré al río para ver si subo algún talego de ropa, o me dirigiré a la Plaza Mayor a llevar bultos?

En pocos minutos tomó el muchacho su decisión.

—¡Hoy no hay lavanderas! ¡A la Plaza!

Y tomando esta resolución, echó *calle arriba,* en dirección al Real Palacio, cantando:

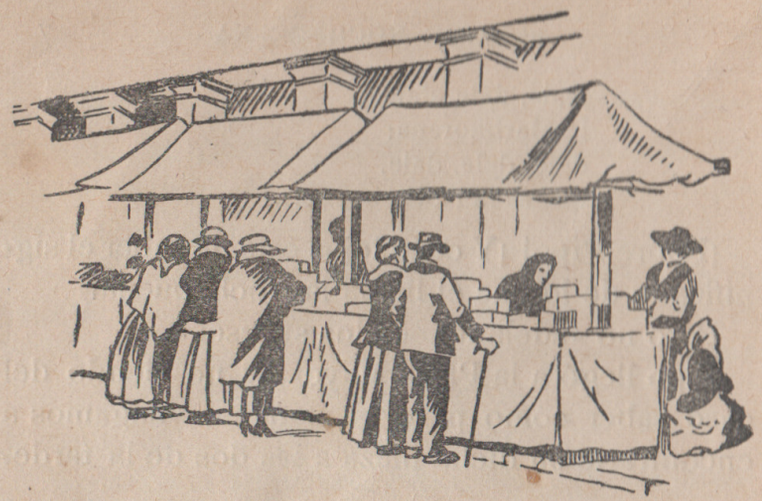
En el portal de Belén
hay un viejo haciendo gachas,
con la cuchara en la mano
repartiendo a las muchachas...

Dale, dale, dalee,
la Marimorena;
dale, dale, dale,
que es la Nochebuena...

¡Pobre Pipo! ¡Y cuán lejos está de saber el significado de lo que él llama la Nochebuena!

Pero no «adelantemos los sucesos».

Pipo llegó a la Plaza Mayor; y no siendo del caso saber cómo pasó la mañana, vengamos a encontrarle en dicha plaza a las dos de la tarde.



II

POR LA TARDE.—DOÑA JUANA

¡Qué movimiento y ruido reina a esta hora en esa Plaza! ¡Qué puestos tan bien surtidos!

¡Banastas llenas de sazonadas frutas! ¡Costales preñados de fresco cascajo! ¡Manadas de anémicos pavos! ¡Y mesas conteniendo torres formadas por cajas de exquisitos turrones y almíbares!

Frente a uno de los muchos puestos encontramos a Pipo. Hállase al lado de una señora, ya de edad, que paga lo que sin duda ha comprado, y a la cual dice con voz quejumbrosa:

—Señora, yo lo llevaré... Me dará usted lo que quiera... Mire que no he ganado nada... Hágalo por amor de Dios, señora...

—Basta—exclamó la señora, rechazando los servicios que otros importunos, como Pipo, ofrecían, y añadiendo:

—Nicolás, dá a este muchacho el pavo y los

capones, y tú llevarás la cesta. Pero ten mucho cuidado, no se nos escurra, que a veces...

—No pase cuidado, señora—exclamó Pipo; —no soy ladrón; soy pobre y...

—Bueno, andando—interrumpió el criado, cargando a Pipo las aves.

Rompieron ama, criado y mandadero la marcha hacia la Puerta del Sol, y quien hubiera podido penetrar en la mente de Pipo se enterara de planes que venían a ser éstos:

—Si no fuera por este mocetón que viene tras mí pisándome los talones, ¡valiente vuelo pegaban estas aves que llevo a costillas!... No; lo que toca a la vieja no me alcanzaba... ¡Qué lástima!... Allí hay un grupo de gente y viene un coche; veamos si me hago el aturdido y me escabullo.

—¡Eh! Por aquí, muchacho—gritó el criado, sujetando por el cogote a Pipo.

—Por donde ustedes manden—replicó éste

con el tono más candoroso, poniéndose entre la señora y el criado.

Tomaron por la calle de Preciados, en cuya ancha acera era difícil la fuga.

Así marchando, la señora con bondad, preguntó al muchacho:

—¿Cómo te llamas?

—Pipo.

—¿Pipo? Ese no es nombre de persona.

—¿No? Pues yo, salvo el mejor parecer de usted, soy persona; digo..., me parece...

—No, no quiero decir que tú no seas persona; digo que tal nombre no lo tengo por de persona.

—Ta, ta..., yo diré a usted—replicó el chico picarescamente.—Cuando yo era pequeñín, recuerdo que me llamaban Pepín; después, ya mayor, Pepe; luego, Pipi; y a mí que este último nombre no me agradaba..... porque, ya usted ve... Pipi..., a cambio de algunas trompadas, conquisté mi actual nombre de Pipo, con el cual soy conocido.

—Pues bien—dijo la anciana;—ni Pepín, ni Pepe, ni Pipi, ni Pipo, son nombres directos de personas. Yo, por lo que dices, creo que tu nombre es José.

—Bien pudiera ser—dijo Pipo;—pero no lo sé.

—¿No tienes padres?

El chico miró a la anciana con sorpresa, y contestó:

—¡Padres! No los he conocido. Yo no he conocido más padre ni madre que a la tía *Anguila,* con la que salía a pedir limosna, y de la cual me separaron cuando se la llevaron al hospital. No me pesó porque aquella mujer me daba cada pellizco para que llorara... ¡y vaya si lloraba! «*¡Endino!*—me decía,—echa lágrimas!»... Y crea usted, señora, que salían de mis ojos gruesas como garbanzos.

—¡Pobrecito! ¿Y cómo te arreglas ahora; dónde vives?

—He estado en San Bernardino hasta que fuí grande; allí aprendí a leer y algo de escribir...; pero había mucho palo y poco pan. Cierto día, con otros compañeros, tomamos *pira,* y ahora duermo en las cuevas del desmonte del Paseo de Areneros. De comer no falta, y... subiendo talegos de ropa, o vendiendo periódicos, se va tirando hasta que uno tenga la edad, que entonces...

—¿Qué harás cuando tengas la edad?

—Sentaré plaza de caballería.

—¿Qué has dicho?... ¿Que vas a sentar plaza de caballería?

—Sí, señora; ¿de qué se extraña usted?

—No... yo me extraño porque no te entiendo...

—Señora—interrumpió el criado,—este chico quiere decir que cuando tenga edad para ello, sentará plaza en un regimiento de soldados de a caballo.

—¡Ya!—exclamó la señora, y añadió:—Pero eso no debes hacerlo. Dices que sabes leer y escribir, y por consiguiente puedes ponerte a un oficio.

—¿Y quién me recomienda?

—¿Quién te ha recomendado a mí? ¿No me has pedido por amor de Dios que te ocupase en algo? Pues por amor de Dios te he ocupado. ¿Conoces tú a Dios?

—Yo, no, señora. Ni sé donde está Dios, ni le he visto, ni he entrado jamás en una Iglesia, sino en la del asilo.

—Dios es invisible a los ojos de la carne; pero se le siente en el alma...

—¡Bah! ¡Bah!—exclamó Pipo.—Chocheces, señora, chocheces. Usted tiene a Dios en el portamonedas que lleva en la mano; y luego, más tarde, sentada a la mesa descuartizando estos animalitos que llevo a cuestas. Si usted supiera lo que es comer rancho frío y deslabazado... las sobras de los soldados..., y vivir desnudo, y dormir en una cueva, y...

—Pues así y todo ese rancho deslabazado con que te alimentas; esos harapos con que cubres tus carnes, y esa cueva donde te cobijas, son cosas que Dios te proporciona sin merecerlas tú.

—Doña Juana—interrumpió el criado,—no se canse en predicar a este pillete: será sermón perdido, porque tiene el alma más dura que pedernal.

—Nicolás—exclamó la señora con dignidad,—como un fatuo has hablado. Este pobre e ignorante niño es criatura de Dios, y su alma está tan empedernida como lo estaban la mía y la tuya antes de que Dios, por su gracia, nos las ablandase.

En esto llegaron a la Plazuela de Santo Domingo, y entrando en una casa de regular apariencia, subieron al piso principal, donde penetraron.

Este parecía ser y era el término de la caminata.

Pasaron a la cocina, donde se hallaban dos criadas, y cuando Pipo aguardaba el precio de su trabajo, la señora ordenó a las sirvientas:

—Dad algo caliente que coma este niño.—Y a Pipo le dijo:—Cuando hayas comido, te pagaré.

La señora salió de la cocina y se dirigió a otras habitaciones, donde habló con personas de la familia, a quienes conoceremos después. Bástenos por ahora saber que doña Juana y sus hijos componían una familia cristiana y bien acomodada.

Al cabo de un rato, la buena anciana entró en un pequeño cuarto, en el que se veía un aseado

catre, dos sillas, una mesa, efectos para lavarse y un espejo.

Doña Juana colocó sobre la cama algunas prendas de vestir usadas, pertenecientes a un nieto suyo, que poco más o menos contaba la edad de Pipo.

Hecho esto, llamó al criado; y enterada de que el pequeño mandadero había terminado la refección que la criada le diera, ordenó que le trajesen al muchacho.

—Mire, doña Juana—apuntó el criado,—que ese chico es un granujilla de la calle.

—Precisamente por eso debemos recogerle y procurar que Cristo nazca hoy en su corazón. Sólo te encargo que no le pierdas de vista.

A los pocos momentos se presentó el criado con el muchacho, y cuando el sirviente se hubo retirado, doña Juana preguntó al chico:

—¿Qué tal, José (porque yo no te daré otro nombre que José), has merendado bien?

—¡Truenos! tan bien he merendado..., que hasta temo me haga daño... ¡Sin tiempo que hacía que yo no probaba la carne!

—No te hará mal. ¿Y qué dices ahora? ¿No te parece que Dios se ha portado hoy muy bien contigo?

—Pero, ¿qué me ha dado Dios?

—¡La merienda que acabas de tomar!

—Entonces usted es Dios; porque por orden de usted llené la panza, y...

—No, yo no soy Dios; yo soy una hija de Dios, como tú puedes ser un hijo suyo.

—Vaya señora, será así; pero yo no lo entiendo.

—Ya lo entenderás. Ahora me vas a conceder un favor. Te vas a lavar bien lavado...

—¡Yo lavarme!—interrumpió el muchacho.—¡Yo no me lavo más que en verano, cuando me baño en el río, o cuando friego las ollas del rancho; o... cuando llueve!

—No importa; yo te prometo buena propina. Te lavas bien, te quitas esa ropa que llevas y te pones esta otra. Aquí tienes todo; elástica, camisa, medias; en fin, ropa interior y exterior. Cuando estés arreglado, da dos golpecitos en la puerta, y vendrán a buscarte.

Doña Juana salió, cerrando tras sí la puerta, dejando solo a Pipo.

—¡Esta sí que es gorda!—exclamó el chico al verse solo.—¿En qué vendrá a parar todo esto? No, a mí no me cazan. En fin corramos la suerte que se presenta.

Pipo echó agua en la jofaina y se lavó bien todo el cuerpo. El agua fría no hacía mella en él, ni tampoco la temía. Después comenzó a vestirse.

—Eche usted *majencias*—exclamaba al ponerse cada prenda.

—Por la elástica, que es nueva, me dan dos reales; por estos pantalones blancos me dan otros dos..., y van cuatro. Por este pantalón de paño me suelta el tío *Cantares* seis realejos..., ya son diez. No, las medias no me las pongo; ¿para qué

quiero yo medias? Las medias son nuevecitas y se las regalo a *la Pelona...;* las guardaré en el bolsillo... El chaleco no le doy menos de tres reales; ya son trece... La chaqueta (¡qué buena está!) la marco en otros seis reales, y van diez y nueve... Pues estas botas están nuevas y me están bien; por estas botas me dan ocho reales... diez y nueve, y ocho, veintisiete. ¡Arrea!.. Un duro con siete reales... ¡Calla! ¡Pues me han dejado también una gorra y un pañuelo!... Bueno, son dos prendas que darán poco de sí; ¿para qué quiero yo el pañuelo? La gorra y el pañuelo lo doy en tres reales... ¡Y reuno treinta reales! Claro es que como no puedo andar en cueros, algo he de gastar yo en mi traje... Un pantalón de soldado, dos reales; una blusa usada, doce cuartos; por esta camisa, que es fina, me dan otra vieja, pero más fuerte, y unas chanclas, y ya esta un hombre económicamente aviado de ropa... La verdad es que me cae bien el traje—añadió mirándose al espejo.—¡Oh, esta noche me presento así vestido a mis amigos! van a creer que soy el gobernador civil...; y como esta buena vieja encima me da la propina, tendré cuartos... De fijo que la *Pelona* no me conoce. Si yo pudiera *tomar el olivo,* me largaba sin aguardar a la vieja... Veamos dónde cae esta ventana.

Pipo abrió la vidriera y se encontró con una fuerte reja.

—¡Hum!—murmuró.—Esto huele a cárcel... Nada; si se ha de *tomar la del humo,* habrá que

aprovechar otra ocasión... Abramos la puerta con sigilo.

Pipo abrió la puerta del cuarto; miró a uno y otro lado del pasillo, y no vió a nadie.

Un relámpago de alegría se dibujó en su semblante. Al final del corredor estaba el recibimiento, en el recibimiento la puerta, tras la puerta la escalera, al final el portal, y después... después la plazuela de Santo Domingo, convidándole con su suave declive, más fácil vía para una rápida carrera.

Para no meter ruido, Pipo se quitó las botas, las cuales metió en el pañuelo; se dirigió de puntillas al recibidor, echó mano al pestillo, abrió la puerta y... se encontró manos a boca con el criado Nicolás, que echándole mano, le agarró por el cuello, diciendo:

—Hombre ¿dónde vas tan elegante y descalzo? ¿Te ha pagado ya el ama el viaje que hiciste? ¡Anda, entra, bribón, desagradecido!... La señora se empeña en echar perlas a... ven, ven.

A los pocos momentos Pipo se encontraba en un gabinete ante doña Juana, que, informada por el criado de lo acontecido, dijo al chico:

—¿Conque querías escaparte? Eso no es justo. Aquí no estás preso y puedes irte cuando quieras, después que yo te haya pagado el servicio que me has hecho trayendo las aves. ¿Qué te debo?

Tanta bondad por parte de la anciana dejó extupefacto a Pipo. A pesar suyo se extremeció, y los ojos del muchacho se humedecieron.

—Bueno—pensó doña Juana,—éste llora; corazón que tiene lágrimas para los ojos no es incapaz de arrepentimiento; y alzando la voz, añadió:

—Toma estos tres reales como precio de tu trabajo.

El chico se resistía a tomar el dinero; pero la anciana se lo puso en el bolsillo de la chaqueta, en el que le encontró las medias.

—¿Esto más? Te de dado las medias, amigo José, para que las uses; póntelas, pues, y cálzate; pero si rechazas ese regalo que Dios te ha hecho de ropa, ve al cuarto en que te has mudado, recoge tus harapos, y cuando estés en la calle te diriges a la madriguera en que duermes, te desnudas, te pones tu ropa vieja, y mañana, Pascua, al vender la nueva, acuérdate que vendes el amor de Dios, de cuyo nombre te has valido para engañar a una anciana que de tí se compadeció porque te vió perdido, desnudo y hambriento, y que te recogió, te alimentó, te vistió por amor de Aquel que en tal noche como la de hoy descendió del cielo y nació desnudo para que tú tengas esa ropa que desprecias.

Pipo estaba anonadado. ¿Qué lenguaje era aquel?

—Vete, vete. Te he pagado; puedes irte.

—Señora—exclamó Pipo sollozando,—yo soy muy malo, yo no sé querer a nadie, yo no sé agradecer; a mí todo el mundo me ha hecho mal...; desde pequeñito no he recibido sino malos tratos...; la única que me cuenta sus penas, y

yo a ella las mías, es la pobre *Pelona...;* señora, yo soy un chico..., un... un chico de la calle...

Los sollozos ahogaron a Pipo la voz.

Doña Juana le dejó desahogarse, y cuando ya el chico se hubo serenado, le dijo:

—Bueno, si no quieres irte puedes quedarte; yo te presentaré a mis hijos, y algo se podrá hacer por ti.

—Pero, señora, ¿qué he hecho yo para que...?

—Nada, tú no has hecho nada para merecer estos dones que has recibido; pero tampoco ni tú ni yo merecíamos que hoy se celebrase la Nochebuena, y la celebramos.

—Pero ¿por qué la celebramos?

—¿No lo sabes?

—Señora, yo no sé nada. Yo no sé más sino que en esta noche hay mucha algazara, mucho ruido, muchas borracheras y *una misa del gallo.*

—Pues mira, José, ni los que meten algazara y ruido, ni los que se emborranchan, ni los que van a la misa del gallo, saben celebrar la Nochebuena.

—¿Cómo se celebra entonces?

—Meditando sobre los acontecimientos que en una noche como ésta tuvieron lugar en el mundo. Siéntate, José, y escucha.

Pipo se sentó en un taburete, a los pies de la anciana, quien habló así:

—Allá, muy lejos, al otro lado de un mar que se llama mar Mediterráneo, existe un trozo de tierra, que ha sido muy bendita por Dios. En esa tierra, que se llama Palestina, hay restos de ciuda-

des que en otro tiempo fueron muy importantes, que hoy son monumentos históricos de gran valor para el mundo todo.

Una de estas ciudades se llama Jerusalem, y otra, de la cual sólo quedan algunas ruinas, se llama Betlehem.

En una noche semejante a ésta, había en las cercanías de Betlehem unos pocos pastores que guardaban sus rebaños.

—Si, vamos—repitió el chico,—como los que yo he vísto ahí, fuera de la Puerta de Bilbao y en Chamberí... y... ¡si usted viera qué perrazos tienen!

—Exactamente también los pastores de Betlehem tendrían perros. Pues, como te decía, estos pastores guardaban sus ganados. Repentinamente el cielo se iluminó, y el campo quedó tan claro como si fuese de día. Naturalmente, tan súbito y nunca visto resplandor en la mitad de la noche, llenó de asombro a los pastores, quienes sin duda creyeron que el cielo se encendía, y tuvieron mucho temor.

—Y no era el caso para menos—interrumpió nuevamente Pipo, a quien interesaba la historia.

—Pues aún hay más. Repentinamente oyen una voz que, resonando en el espacio, les dice:

«Pastores, no temáis, porque he aquí os declaro »nuevas de gran gozo, que será para todo el pue- »blo. Que os ha nacido hoy en la ciudad de Da- »vid (que es Betlehem) un Salvador que es Cristo »el Señor; y esto os será por señal: hallaréis al

»Niño envuelto en pañales, echado en un pe- »sebre.»

Cesó la voz del ángel, pues un ángel era el que hablaba, cuando también de repente se deja sentir un melodioso coro compuesto de multitud de voces, que con preciosa música cantó: «Gloria en las alturas a Dios, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres.»

—¡Qué hermoso es todo eso!—exclamó Pipo.

—Sí, muy hermoso; pero hay más. Cuando la claridad se extinguió y la armonía del coro se perdió en la inmensidad, los pastores se dijeron: «Pasemos, pues, hasta Betlehem, y veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha manifestado»; e inmediatamente dejando los ganados, corrieron a la ciudad, y se encontraron a José, a María y a un Niño recién nacido echado en un pesebre.

—Señora—exclamó nuevamente Pipo,—ha dicho usted José; ese José sería San José, y esa María sería la Virgen.

—Exactamente, es cómo tú dices; pero, ¿quién era aquel Niño? ¿Lo sabes?

—¡El Niño Jesús!!!

—Justo: el Niño Jesús, que se hizo hombre y nació de una Virgen, y tuvo por cuna un pesebre, para que otro niño *de la calle* que anda por Madrid hoy, sin casa ni hogar, hambriento y desnudo, tenga comida y vestido en este mundo, y en el otro la vida eterna; ¿sabes quién es ese niño *de la calle*?

—Sí, señora; ese..., ese... ¡es Pipo!

—Sí, ese eres tú. Por ti, José, y por mí, Juana, nació pobre, desnudo y en vil cuna Jesús. Por eso esta noche es Nochebuena, porque «ha nacido nuestro Salvador».

En este momento tocaron a la puerta. Era el criado, que llamaba a doña Juana de parte de sus hijos.

—Puedes irte ya, José—dijo la anciana.

—Señora, me iré si usted lo manda; pero ¿podré volver mañana para que me diga algo más de estas cosas?

—Si no te quieres ir, puedes quedarte...

—Entonces me quedo.

—Pues estate en ese gabinete; y mientras vuelvo, lee en este libro el nacimiento de Jesús.

La anciana salió, dejando en las manos de Pipo un ejemplar del Evangelio según San Lucas.

III

POR LA NOCHE

Dirigiéndose a una de las varias capillas evangélicas que hay establecidas en Madrid, caminan como a las seis de la tarde (mejor dicho, de la noche, porque en esta época los días son cortos), doña Juana, su hijo D. Silvio, la esposa de éste y un niño, hijo del matrimonio, y por consiguiente, nieto de la anciana, cuyo nombre no hace al caso.

Agregados al grupo iban Pipo y el criado Nicolás, quien no dejaba de vigilar al chico.

Pero Pipo no pensaba ya en escaparse.

No es necesario apuntar que los hijos de doña Juana, dando campo a los planes cristianos de ésta, consintieron en la compañía de Pipo.

. . . . . .

Ya hán llegado a la capilla, donde se celebra la fiesta infantil de Natividad.

Para Pipo todo es motivo de admiración.

El local, los adornos, la concurrencia, los dulces y otros objetos que parecen esperar un dueño...

¡Los himnos!

Los himnos causaron un efecto especial en Pipo.

Acostumbrado a entonar canciones obscenas y soeces se extasiaba con las notas y palabras del himno.

Hoy se han cumplido
las profecías,
hoy el Mesías
apareció;
dichoso el hombre
que en Cristo nace
y se complace
en el Señor...

Pipo, entusiasmado y húmedos sus ojos por lagrimas que hacía brotar el regocijo de que se hallaba poseído, unía su voz al coro, palmoteando en acompañamiento a los panderos, tambores y castañuelas de los demás niños.

Vamos, vamos todos,
vamos a Belén,
do nació el Mesías
para nuestro bien.
Cantemos alegres
que es Dios de Israel
el que pobremente
entre pajas veis;
vamos, vamos todos,
vamos a Belén,
do nació el Mesías
para nuestro bien...
para nuestro bien...
para nuestro bien...

La explicación bíblica que se hizo después de la oración, interesó sobremanera a Pipo.

—¡Qué dichosos—pensaba—son estos niños que tienen padres que les enseñan tan buenas cosas! ¡Qué felices son! Todos ellos tienen una ma-

dre o un padre que los aman, los visten, los ponen en una escuela, en la que de seguro no dan palos como allá donde yo estuve. ¡Así tienen esas caritas de ángeles! ¡Ninguno de ellos sabe lo que es comer las sobras del rancho, ni dormir en una cueva de tierra! ¡Y qué bien enterados están de cosas acerca de las que jamás yo escuché palabra!

Entre tanto, la persona de ello encargada se dirigía a los niños de ambos sexos preguntando:

—Dígame usted, niña, ¿donde está profetizado que el Cristo nacería de la mujer?

Y la niña preguntada, puesta en pie, respondía:

—Dijo Dios a la serpiente: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el calcañar.» (Libro de Génesis cap. 3, vers. 15.)

—Tenga usted la bondad, niño, de citarnos un pasaje de la Escritura que nos dé plenamente el cumplimiento de esta profecía.

—«Mas venido el cumplimiento del tiempo—recitó el niño aludido—, Dios envió su Hijo hecho de mujer, hecho súbdito a la ley.» (Epístola del apóstol Pablo a los Gálatas, cap. 4. vers. 4.)

—¿Qué profeta anunció que Jesús nacería de una Virgen?

—El profeta Isaías, diciendo: «He aquí que la Virgen concebirá, y parirá hijo, y llamarás su nombre EMMANUEL.» (Isaías, 7. 14)

Dadme un texto en el Nuevo Testamento que confirme la anterior profecía.

—San Mateo dice que el ángel, después de explicar a José, marido de María, la concepción milagrosa del Hijo de Dios, le dice: «Y llamarás su nombre Jesús, porque El salvará a su pueblo de sus pecados.» Y añade el apóstol, que todo eso

aconteció para que se cumpliese la profecía que ha recitado mi compañero. «Todo esto aconteció para que se cumpliese lo que fué dicho por el Señor, por el profeta que dijo: He aquí que la Virgen concebirá y parirá un hijo, y llamarás su nombre Emmanuel, que declarado es: CON NOSOTROS Dios.»

—¿Por qué nació Jesús en Betlehem, y no en otra parte, pongo por caso en Jerusalem?

—Porque así lo había predicho unos 710 años antes de que el suceso tuviese cumplimiento, el profeta Micheas, diciendo: «Mas tú, Betlehem Ephrata, pequeño para ser en los millares de Judá, de ti me saldrá el que será del Señor en Israel...» (Micheas, 5. 2.)

—¿Hubo algunas gentes en Jerusalem que creían en la profecía?

—Sí, señor, los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, que así lo declararon al rey Herodes, cuando les interrogó sobre el asunto, según nos informa el evangelista y apóstol Sán Mateo en su Evangelio, cap. 2, vers. 1 al 6.

Así continuó el diálogo de preguntas y respuestas, encaminadas a conmemorar el nacimiento de Jesús.

Después de oración y cántico de himnos, los niños recibieron sus regalos, y aún hubo para Pipo, a quien le dieron (aunque no estaba incluído en el número de los agraciados, porque no pertenecía ni a la Escuela ni a la Congregación) un

ejemplar del Nuevo Testamento, y buena porción de exquisitos confites.

Cuando de nuevo se reanudó la sesión, el Pastor de aquella Iglesia preguntó a un niño:

—¿Para qué vino Jesucristo al mundo?

—«Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero...» (1.ª Timoteo, 1. 15.)

El Pastor hizo algunas consideraciones explanando cuál debe ser la gratitud de los pecadores hacia Aquel que se hizo hombre (sin dejar, por esto, de ser Dios) por amor de la humanidad.

Interesó a los niños para que amasen a Aquel que por amor a ellos se hizo Niño, y preguntó:

—Dime, Luisita; ¿no tienes tú nada que ofrecer a Jesús?

—Sí, señor—respondió una niñita de cinco años;—yo le daría mi toquilla para que se abrigase.

—No—dijo el Pastor;—es un error creer que a Jesucristo le faltaron pañales cuando nació. Los que pintan desnudo a Jesús deshonran a María, desconociendo el Evangelio. La Virgen María tuvo gran cuidado en preparar ropitas para su hijo, como toda madre hace. Dime, Felipe: ¿cómo estaba Jesús en el pesebre?

—El Evangelio dice... «y le ENVOLVIÓ EN PAÑALES y acostóle en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.» (Lucas, 2. 7.)

—Justo, ENVUELTO EN PAÑALES. Y tú, Rafael, ¿qué darías a Jesús?

—Señor, yo todo mi sér y todos mis juguetes.

—¿Y tú?—añadió el Ministro señalando a Pipo.

Este se levantó de su asiento y comenzó a dar vueltas a la gorra entre sus manos; luego suspiró, y por fin, con voz conmovida, y que hizo conmover a más de una persona mayor, contestó.

—Yo... señor... soy un pobre *chico de la calle*... Hasta esta noche no he oído nada... sí, esta tarde una señora... la abuela de este niño (señalando al nieto de doña Juana), me habló de estas cosas tan buenas... yo no sabía qué cosa era Nochebuena... yo no tengo casa, ni padre, ni... Mire usted, yo amo mucho ahora a ese niño Jesús..., pero me da vergüenza..., en fin, no tengo más que estos tres reales; se los doy todos... usted sabrá cómo enviárselos, y dígale que son de parte de Pipo, que los tome, que... que... ¡que no son robados!!!

Y Pipo se dejó caer en el banco, sollozando amargamente.

El pobre niño abandonado fué objeto del interés general, y Don Silvio, el hijo de doña Juana, explicó a la concurrencia el encuentro de su madre y Pipo, con todas las demás circunstancias que ya conocemos.

El Pastor consoló a Pipo, expresándole que Jesús ya no es niño ni necesita de dádivas materiales. Cristo está hoy en el cielo «viviendo siempre» para interceder por todo pecador que quiere alle-

garse a Dios para alcanzar el perdón de sus pecados. (Hebreos, 7. 25.)

—¿Sabes, querido mío, lo que Dios te pide? ¿No? Pues escucha su voz: «Dame, hijo mío, tu corazón.» (Proverbios, 23.)

Pipo, por la gracia misericordiosa de Dios, creyó en Jesús, y aquella noche formó época en su vida.

Excusado nos parece significar qué Nochebuena tan feliz pasó Pipo después de la reunión, en casa de doña Juana, cuya familia se interesó por el huérfano: le sacaron de Madrid, a fin de que no volviese a tratar con sus antiguos camaradas, y el ayer granujilla de la calle, hoy está en camino de ser un hombre útil a su Dios, a su patria y a la sociedad en general.

. . . . . .

Amigos: Pipo es un sér imaginario y al mismo tiempo real.

Imaginario porque el anterior cuentecillo es producto de mi pobre ingenio.

Real, porque como el tipo bosquejado... ¡existen tantos, por desgracia!

Dios levante cristianos capaces, por su deseo y por su posición social, de hacer por algún desgraciado el bien que la supuesta doña Juana hemos imaginado hizo.

Entre tanto, oh queridos amiguitos que conocéis lo que la Nochebuena significa, acordaos, al comer las golosinas que os esperan y al leer el nacimiento de Cristo en vuestro Nuevo Testamento, de que hay muchos pobrecítos, quienes no participan de vuestro bienestar temporal ni espiritual.

Hagamos algo, en el nombre de Jesús por un desgraciado prójimo nuestro.

«Ve y haz tú lo mismo.»

IMP. DE B. IZAGUIRRE
CHURRUCA, 17. – MADRID